

ESQUEMA charla Mataró: 24.10.2016

¿Aún podemos ser cristianos? Algunos creen que sí (Francis S Collins-Anthony Flew...), que es posible demostrar la plausibilidad de Dios. Hipótesis del diseño inteligente: la complejidad del cosmos es más probable que obedezca a una mente creadora que al azar. OK. Pero más bien **creen que creen**. Pues creer no es solo suponer que Dios existe, sino vivir *a flor de piel* el encontrarse **en manos de Dios**. Y esto es otro cantar. De ahí que la cuestión no sea si Dios existe o no, **sino si de existir, aún podríamos admitirlo como Dios**, situarnos ante Dios como *creyentes tot court*. Pues, en principio una mente creadora, para el sujeto moderno, **no es más, aunque tampoco menos, que una mente creadora**.

Por tanto, la cuestión es **qué tipo de sujeto** hay detrás de la fe. ¿Aún podemos ser ese sujeto en la época en la que Dios no se da por descontado? *Grosso modo*, hay dos tipos de sujeto: el creyente y el *moderno*. Esto es, creer o no creer no son dos opciones de un mismo sujeto.

Sujeto creyente: se comprende a sí mismo como **criatura**. Sentimiento de absoluta **dependencia**. Cita bíblica: "vivimos por el **aliento** de Dios". Si Dios dejara de *respirarnos*, dejaríamos de existir. Como si hoy un **yihadista** nos pusiera un cinturón de explosivos y el seguir con vida dependiese de que él decidiera no pulsar (aún) el detonador: estaríamos en sus manos... y no solo lo supondríamos. El síndrome del creyente *avant la lettre* es una especie de síndrome de Estocolmo.

Sujeto moderno: es un sujeto **soberano**: se comprende a sí mismo desde el ideal de la libertad entendida como **dominio de sí** y, por extensión, como **dominio técnico del mundo**. El sujeto soberano contempla el mundo desde la óptica del **espectador**. Esto no significa que el sujeto soberano se crea omnipotente. De hecho, vive *a flor de piel* su **finitud**. Pero, la conciencia de la propia finitud no equivale a la conciencia de existir como criatura de Dios. No es casual que el sentimiento de dependencia de la criatura haya sido sustituido, modernamente, por el **sentimiento de lo sublime**, el cual consiste, *grosso modo*, en mantenerse de pie (y no

de rodillas) ante el exceso de lo real. En cualquier caso, la **objetividad** como horizonte regulativo del conocimiento supone que **la alteridad, el carácter otro de (lo otro), deja de ser un dato inicial**. El sujeto soberano no se halla **expuesto** a la alteridad. El dato inicial, de hecho, es la representación, el contenido mental de la alteridad. Está tiene que ser demostrada a través de la crítica de las representaciones, de la criba de los contenidos de la conciencia: Descartes. En el plano de la filosofía, la alteridad será una exigencia interna de una determinada representación (en Descartes, precisamente, de la representación de Dios) o, en su defecto, del análisis de la *actividad intencional*. En cualquier caso, la alteridad para el sujeto moderno *de a pie* es **supuesta**, pero no vivida como el *prius* de la existencia. Lo primero y fundamental es el yo que no se encuentra desnudamente frente al mundo, sino frente a su idea de mundo.

Veamos esto con más calma.

¿Que supone comprenderse como criatura?: desde el punto de vista de la primitiva sensibilidad religiosa, la relación con la divinidad no exige fe, sino **trato** (culto, **sacrificio**). *Do ut des*. Aquí la iniciativa del trato –del pacto– es del hombre. Un Dios, por defecto, es un **exceso**... que pasa de los hombres. No contamos para Dios. Con respecto a Dios, somos paja. Dios provoca el **temor** del hombre. Vs. **BI-BLIA**: Dios quiere algo del hombre, algo sumamente **extraño** para la originaria sensibilidad religiosa. Dios exige fe, esto es, confianza. Pero el Dios que exige la fe del hombre no parece digno de confianza, pues promete lo imposible: el caso de **Abraham**. Dios en verdad se da como **promesa** de sí mismo –como **por-venir** de Dios. La iniciativa aquí es de Dios. Dios establece un pacto, una alianza con el hombre: estaré siempre contigo, en último término, *no te librarás de mí*. Dios **interrumpe** la vida del hombre, la saca del quicio del hogar, en vez de garantizar *religiosamente* la confianza del hombre en sus posibilidades mundanas. ¿Qué quiere Dios del hombre? Que cumpla con su voluntad, con su mandato. Quiere **justicia, no sacrificios** (Os 6,6). No estamos ante una nueva **caracterización** de Dios, sino ante

una nueva concepción de lo que se entiende por Dios. Sigue habiendo temor, pero lo que teme el hombre no es tanto el disgusto de Dios, sino su ira, esto es, su condena. Cf dicho judío: "Todo está en manos de Dios, salvo el temor de Dios". El creyente es aquel que ha caído en la cuenta de que el sí o el no de su existencia está en manos del juicio de Dios.

¿Qué supone comprenderse como soberano?: una **mente creadora** no es más que una mente creadora: Dios sería, desde esta óptica como el jugador de **mine-kraft**: que programa un mundo virtual que cobra autonomía, etc. Si topáramos con ese Dios tan solo habríamos ampliado las fronteras del conocimiento. El sujeto se hace soberano tras la **crítica moderna del imaginario religioso** (aunque *comience* a ser soberano tras la crítica filosófica al mito). Dicha crítica supone una devaluación epistemológica de la imaginación. Para la modernidad, la imaginación **carece de valor cognitivo**. Sobrevive, sin embargo, en la ciencia ficción (**Constantine, El señor de los anillos...**), cosa que ya de por sí es un síntoma de su devaluación: tan solo podemos *creer* en ello donde se suspende nuestra credibilidad (como ocurre cuando vemos una película *fantástica*). Sin embargo la imaginación proporciona el **lenguaje de la alteridad**, mejor dicho, de un encontrarse expuesto a la alteridad. Es por medio de la imaginación que podemos *incorporar* (integrar) nuestra relación con el exceso de lo real. P ej. sabemos que vamos a **morir**, pero no *caemos en la cuenta* de que vamos a morir hasta que nos dicen que nos quedan tres meses. Sin embargo, si pudiéramos tomarnos en serio que, desde que nacemos, incubamos un **alien** en el estómago y que, en cualquier momento puede partirnos en dos, nuestra relación con la muerte dejaría de ser *abstracta*. Tendríamos presente que vamos a morir como ahora podemos tener presente que necesitamos beber. Como decíamos, ante la pregunta por la verdad, lo primero, modernamente, no es un encontrarse expuesto a la alteridad, a su radical exterioridad o exceso, sino a los datos de la conciencia. De ahí que la **sospecha** y no el **asombro** sea nuestra actitud fundamental. Y cuando se comienza con la sospecha, no se sale de ella. De

ahí que Dios pase a ser modernamente un **supuesto problemático de la subjetividad**: y así decimos fácilmente *para mí hay Dios...* Y donde decimos esto, no hay Dios que valga como Dios. Ahora bien, como acabamos de decir, sin imagen de Dios no es posible **incorporar**, integrar la relación con Dios.

Sin embargo, la crítica al imaginario religioso fue antes **profética** que **filosófica**. La dificultad moderna con Dios (el que Dios no se dé por descontado) hunde sus raíces en el monoteísmo bíblico. Esto hay que tenerlo en cuenta a la hora de responder a nuestra pregunta inicial.

¿Qué supone la irrupción del monoteísmo con respecto a la relación religiosa del hombre con la divinidad? El monoteísmo supone una modificación de lo que se entiende por **presencia de Dios** y, por consiguiente, una modificación de la noción misma de Dios. Así, la presencia de Dios no es la de un **fantasma** (se supone que bueno), sino la **presencia de una ausencia**. Simone Weil: *Dios brilla por su ausencia*. Hay encontramos una alteración de lo que se entiende por **trascendencia**. La trascendencia bíblica no puede comprenderse como la trascendencia típicamente religiosa. Dios es, bíblicamente, el **Altísimo**. No se trata de un **atributo** de Dios, sino un modo de exponer **nuestra situación ante Dios**. Dios se encuentra más allá de la totalidad como aquel que se encuentra *fuera de campo* y, por consiguiente, como el inaccesible, el intratable. Dios no es propiamente alguien de otro mundo (que es lo que diría quien posee una sensibilidad religiosa), sino **lo otro** del mundo, lo **siempre pendiente del mundo**. Otro mundo –el *cielo* de la religión– es, sencillamente, una dimensión desconocida del mundo, en modo alguno entraña una genuina trascendencia. La trascendencia bíblica no apunta al *cielo*, sino al futuro, a una nueva creación, en definitiva, como veremos luego, a la redención. Como decíamos antes, Dios es el *por-venir* de Dios. Pues, y este es el pistoletazo de salida del monoteísmo bíblico, Dios, en tanto que inaccesible, **no es el que ampara la existencia del justo, sino aquel que guarda silencio, precisamente, ante el clamor del justo. Dios no aparece como Dios**, sino como huérfano, viuda, inmi-

grante... Ellos son la **huella de Dios** (y la huella es lo que queda cuando el pie deja de tocar tierra). La huella es el **símbolo** de Dios, no su **signo**. Así, la presencia de Dios no debe entenderse como la de ese fuego que no llegamos a ver pero que deducimos por el humo que provoca (esto es lo que diría un Francis S Collins). Dios es un Dios **invisible** por naturaleza, esto es, un Dios que **desaparece del mapa**. Desde los profetas del exilio, Dios se da como **promesa de sí mismo**: en nombre de la vida que nos ha sido dada desde el horizonte de la **nada de Dios, el mal no puede tener la última palabra**. Así, desde esta óptica, la **presencia** de Dios se da en tres niveles diferentes: a) en el clamor de los *sin Dios*, de aquellos que **soportan sobre su espalda** el peso de un Dios en falta, la carga de la extrema trascendencia de Dios; b) en la **Ley**, la voluntad de Dios; c) en los **fieles** que cumplen con su voluntad, **sin Dios mediante** (y, precisamente, porque no hay Dios mediante, pues el hombre cumple la voluntad de Dios precisamente donde no hay Dios que le dé *un golpecito en la espalda*. Cf Mt 25).

Veamos. La pregunta por quiénes son **capaces de Dios** recorre la Biblia de un extremo a otro. Y la respuesta es que solo los **pobres**, los **sin Dios**, son capaces de Dios en verdad **Y esto significa que Dios no puede comprenderse en el presente como una especie de espectro tutelar**. Dios es, antes que nada, el que **llama**, invoca al hombre a la responsabilidad (al tener que responder). Y Dios llama con la voz de los excluidos, con la voz de aquellos que son la huella de Dios. La desaparición de Dios **transfigura** el mundo, lo somete por entero a la **voluntad** de Dios, a su **Ley**. Pues, nos encontramos sujetos a la Ley –al mandato de Dios, a su voluntad, en tanto que toda voluntad es imperativa– donde Dios *brilla por su ausencia*. La falta de Dios –la realidad de un Dios en falta– nos convierte en **rehenes** del hermano. **Papá** se ha ido de casa... y los hijos han de cuidar unos de otros. Desde una común orfandad, el otro se revela como prójimo. Ello conlleva, al fin y al cabo, una revisión de la concepción religiosa de la creación. El **creador** no es un **demiurgo**, sino el

Dios del **séptimo** día, el Dios que abandona su creación. Cf Isaac **Lúria**: Dios crea el mundo por medio de su contracción (*tzimtzum*).

¿Qué añade el cristianismo? El cristianismo, con el dogma de la *encarnación*, supone una **radicalización** del monoteísmo judío. Dejando a un lado las sutilezas del dogma trinitario, lo que declara el cristianismo es sumamente **audaz**, por no decir escandaloso, para quien posea una mínima sensibilidad religiosa. Y lo que declara es que *no hay acceso directo a Dios*. Así, cristianamente, no hay otra presencia de Dios que la de aquel que, en nombre de Dios, **cuelga de una cruz e invoca el perdón de Dios** para sus verdugos. Más aún, el *sacrificio* que pone a Dios de nuestra parte no es del hombre, sino de Dios. De ahí que estar ante Dios sea estar ante el crucificado y, por ende, ante los crucificados con los que Dios se identifica. El crucificado es el **Señor**: estar sujeto a Dios es estar sujeto al crucificado. El pobre es tu Señor. Un cristiano se encuentra sujeto al crucificado: el crucificado, por decirlo así, gobierna su entera existencia. El cristianismo nace, como es sabido, como judaísmo **apocalíptico**. *Apocalipsis* significa tanto revelación como catástrofe. Y la ambivalencia es significativa. Dios solo se revela como Dios en los tiempos de Dios –aquellos en los que, cayendo *el cielo sobre nuestras cabezas* (y esto es lo que significa, literalmente, *catástrofe*), Dios **guarda silencio**. Jesús muere, de hecho, bajo el implacable silencio de Dios. Y no solo muere así, sino que cumple con su voluntad, perdonando a sus verdugos, como decíamos, en nombre de Dios (esto es lo que significa decir que solo podemos cumplir con la voluntad de Dios, *sin Dios mediante*). Dios no **sobrevive** (no vive por encima) de la cruz. Ni el **doctismo**, el cual niega la humanidad de Jesús (Jesús fue un Dios vestido de hombre), ni el **arrianismo**, el cual hace de Jesús algo así como un héroe moral, dan en el clavo de la verdad de Dios. Pues, cristianamente, Dios mismo (y no un sucedáneo) es aquel que pende de una cruz. Al fin y al cabo, si no fuera así, no hubiera habido **redención**. Esto por sí solo supone una **mutación** con respecto a la noción religiosa

de Dios. Es por ello que cristianamente no decimos tanto que Jesús es Dios como que Dios es Jesús. Mejor dicho, si Jesús es Dios es porque Dios es Jesús.

¿Podemos ser aún cristianos? Salvo que nos engañemos a nosotros mismos, diría que **con respecto a Dios en verdad, tan solo podemos ser cristianos.** Dios muere en la cruz –se sacrifica– para que podamos responder a la demanda infinita de Dios. **Pues solo el perdón de la víctima con la que Dios se identifica nos hace capaces de responder a su voluntad. De Dios, en sí mismo, seguimos sin tener ni idea.** Tan solo la cruz nos **justifica**, nos sitúa en la posición correcta ante Dios. Cf **madres** de El Salvador. Nuestra fe, sin embargo, no es nuestra, sino del testigo. Creemos porque Jesús (y los mártires) **creyó por nosotros.** Si aún podemos creer en Dios es porque creemos en lo que representan las vidas de los *hombres de Dios.*

Pero **¿estaríamos, entonces, ante un cristianismo sin espiritualidad?** Al contrario. Pero la espiritualidad cristiana no es aquella que pretende, ascéticamente, alcanzar a Dios, sino aquella que es **alcanzada por un Dios que te saca del quicio del hogar,** como decíamos antes. Espiritualidad: el centro está **fuera de ti.** Pero, cristianamente, no decimos que este centro se encuentre en las **cimas,** sino en las **simas** de la historia. Tan solo si Dios posee, en sí mismo, entidad (y ello es lo que suponen tanto quienes hacen de Dios un *fantasma bueno* como aquellos que, queriendo hacer las paces con la modernidad, se decantan por un Dios-océano) podemos decir que Dios es algo que puede ser abordado desde diferentes puntos de vista. Pero Dios no existe, esto es, carece de entidad (*un Dios que existe, no existe,* decía Bonhoeffer). Y, por tanto, no caben diferentes visiones de Dios *en verdad* (como no caben diferentes visiones, aunque sí **reacciones,** de lo que se *encuentra en falta,* de un Dios que no aparece como Dios). Por consiguiente, si, en tanto que modernos, podemos ser aún cristianos, no es porque aún podamos *suponer* que hay Dios, sino porque en los tiempos de Dios, *hoy en día como antes,* **un Dios en caída libre nos despoja de esa confianza típicamente moderna en las**

posibilidades del mundo. Y no solo de esa confianza, sino también de las imágenes que nos permiten incorporar a Dios. Lo que no podemos ser hoy en día, salvo *mala fe*, es *devotamente* cristianos, al menos en tanto que la devoción se apoya en nuestras imágenes de Dios, en un Dios que tiene más que ver con nuestra necesidad de Dios que con Dios en verdad. Es lo que decía Rahner, si no lo he entendido mal, hace unos cuantos años, a saber, que *el cristiano del futuro será místico o no será.* Ahora bien, la mística cristiana, como dice JB Metz, es una mística *de ojos abiertos*, una mística que nace en los tiempos de Dios. Pues en los tiempos de Dios, el hombre abandona la posición del **espectador** para convertirse en el que es, una **invocación** de Dios (en el doble sentido del genitivo). Y ello aun cuando al final nos quedemos a solas sin Dios. De lo contrario, la **fe** no sería fe, sino **conocimiento**... que es lo que hay detrás de quienes sostienen que Dios es algo así como un **océano**. Pues un Dios-océano, a lo sumo, puede sostener una vida saludable, una vida conforme a lo que, en definitiva somos. Es como si se nos dijera que, puesto que somos agua, de lo que se trata es de beber **dos litros** de agua al día. Pero lo que está en juego con respecto a Dios en verdad no es una vida **saludable**, sino la **redención**. Y la redención, bíblicamente, no consiste en creer que *en el cielo* podrás vivir la vida que te arrancaron injustamente. Bíblicamente, hay redención si los que murieron antes de tiempo, las víctimas de la historia, pueden recuperar *corporalmente*, esto es, en el mundo, la vida que les fue arrancada injustamente. Pues el hombre es cuerpo (aunque un cuerpo invocado por Dios). Puede que haya vida más allá de la muerte, pero uno puede preguntarse si esa vida será aún la vida del hombre y no, más bien, la de su *holograma* o espectro. Sin embargo, o la redención tiene que ver con nosotros, o no hay redención. En esto consiste, de hecho, la esperanza mesiánica. No hay redención sin **resurrección** de los muertos, ni, por consiguiente, sin una **nueva creación**, algo humanamente imposible de creer a menos que uno se encuentre por entero sujeto a Dios en verdad. Pues creer en Dios es creer en lo imposible—en lo que el mundo no puede admitir como posibili-

dad. Y si alguien cree que esto está muy cerca del absurdo tiene, sencillamente, razón. Pero nadie dijo que el encontrarse sujeto a la verdad de Dios fuera algo razonable.